

HIDALGO

Visto y Oído

**ANTONIO
SEMPERE**



CADA vez que me encuentro con Manuel Hidalgo me sucede lo mismo. Me obliga a preguntarme qué he hecho con mi vida. Y no me vale ningún consuelo el compararme con otros pudiendo medirse con Hidalgo, con la excelencia. El tiempo arrasa, imparable, y ya soy casi veinte años mayor de lo que era Manuel Hidalgo cuando presentó *Tal cual*, el mejor magacín de sobremesa de cuantos pudieron verse en la historia de la televisión de este país. Que Hidalgo tuviese veinte años menos de los que yo sumo hoy en aquellas tardes y aquellos días en los que pergeñaba una televisión inteligente rodeado de Álvaro Pombo, Víctor Márquez Reviriego y Andrés Amorós (obsérvese también la relevancia de la cuota femenina, Inka Martí, 'relegada' a presentar la agenda cultural, pero 'aristocrática' en toda regla y en cualquiera de las acepciones).

Ha pasado el tiempo. Hemos avanzado dos décadas en la biografía, y como sospechaba en aquel entonces, este humilde cronista que les habla no ha llegado a presentar ningún programa semejante. Por no poder, ni siquiera ha podido seguir disfrutándolo como espectador dilectante. Por la sencilla razón de que espacios como *Tal cual* no caben en la televisión actual. Ni su rigor intelectual. Ni su agenda de contenidos. Ni su perfil de colaboradores.

El *Tal cual* de Manuel Hidalgo se metamorfoseó una década después en Canal Plus, donde otro chico brillante, Praderita, también con 20 años menos de los que un servidor acaba de cumplir, presentó con aires de enfant terrible. Pero con *Lo + plus* se acabó lo que se daba. No hubo sustituto posible. Manuel Hidalgo ha dirigido con brillantez un curso de verano en El Escorial sobre el cine de Buñuel. Sin papeles, sin atriles, en pie, ha derramado ese saber que no cabe en la tele, y en su caso, ni siquiera en los campus de invierno.